

Libros de caballerías

¿SERÁ portugués en lo futuro el «Amadis de Gaula»? No lo era hasta ahora. A pesar de que es probable que lo escribiera originalmente el portugués Lobeira, nunca se había impreso en portugués, y más de veinte veces en castellano antes de 1588. Pero el poeta señor Lopes Vieira ha cogido la antigua novela, la ha simplificado de episodios inútiles y la ha escrito en lenguaje tan sencillo y tan lírico que los portugueses tendrán que gustarla, mientras del lado acá de la Península no se leen libros de caballería, ni se leerán a menos de que surjan poetas que hagan con el «Mío Cid» y con los libros de caballería lo que ha hecho Lopes Vieira con el «Amadis». Pidamos a Dios que no se atarden, porque debe de haber una razón profunda para que los grandes españoles de los siglos XV y XVI, Santa Teresa y San Ignacio, Manrique y Cervantes, leyeran libros de caballería en los tiempos de nuestro auge nacional, y para que se dejasen de leer en los siglos de la decadencia.

Los libros de caballería no son literatura, sino condensaciones de energía. En ellos se nos pinta la vida de hombres que viven para la dama de sus pensamientos y para el honor de su espada, en permanente olvido de sí mismos. A pesar de ello, en realidad a causa de ello, ofrecen el espectáculo de vidas más codiciables y más llenas que las existencias de las gentes egoístas. ¿No sería entonces razonable dividir a los españoles en los que leyeron libros de caballerías, porque los admiraban, y los que, a partir de 1605, dejaron de leerlos, porque Cervantes les enseñó a reírse de ellos? El hecho es que nos hemos pasado tres siglos transmitiéndonos de una generación a otra el mandamiento de: «No seas Quijote», como si ello fuera el mayor de los males, al punto de que cuando ya no quedaba entre nosotros ni sombra apenas de achaques quijotescos, seguíamos diciendo que no hay que ser Quijotes, persuadidos todavía de que el serlo era la causa única o principal de nuestras desventuras.

Así llegó aquel año de 1898, en que nos dijo el Sr. Costa—después se arrepintió de haberlo dicho,—que había que cerrar con doble llave el sepulcro del Cid, para que no volviese a cabalgar; D. Miguel de Unamuno explicó la guerra con los Estados Unidos diciendo que Robinsón (personificación del espíritu práctico) había vencido a don Quijote (personificación del sueño aventurero); y yo escribí, ¡Dios me haya perdonado! «que si el poder del dinero había prevalecido,

era porque entrañaba una grandeza que no tenían ni la espada del militar, ni la balanza del juez, ni la cruz del religioso.»

El supuesto común era el de que las guerras coloniales habían surgido de alguna imprudencia del Cid, de alguna locura de don Quijote o de haber sacrificado el interés al ideal. Vimos caer sobre la pobre patria nuestra el poderío de una nación muy rica, y como el egoísmo es también factor importante en la acumulación de riquezas, atribuimos a la virtud del egoísmo la fuerza creada por una compleja acumulación de ideales y emociones, y creímos que la debilidad propia era debida a sobra de imaginación e idealismo, cuando era resultado inevitable de haber dejado secarse en nuestras almas aquel magnífico espíritu aventurero de nuestros tiempos grandes, tan necesario para las conquistas de la ciencia y de la técnica como para la de nuevos continentes.

De esa equivocación del 98 nació el pacifismo radical en que se han criado las generaciones sucesivas. Todo fuera de España alimentaba también el horror a las guerras que los desastres coloniales habían infundido en las almas. En Francia se libraba la cam-

Libros y folletos de ocasión a precios módicos

Tenemos encargo de vender los siguientes:

Gabriela Mistral: <i>Desolación</i>	5.00
P. Henríquez Ureña: <i>Mi España</i>	4.00
Raf. Heliodoro Valle: <i>Anfora Sedienta</i>	4.00
Pedro Prado: <i>Ensayos</i>	1.50
Pedro Prado: <i>La Reina de Rapa Nui</i>	1.50
Alberto Carvajal: <i>Ritmos breves</i>	3.00
Emilia Bernal: <i>Alma errante</i>	3.00
A. Fogazzaro: <i>Daniel Cortes</i> (2 tomos)	2.00
M. D'Aziaglio: <i>Mis recuerdos</i> (3 tomos).....	4.50
G. K. Charleston: <i>El hombre que fué jueves</i> (novela).....	3.50
Cervantes: <i>Novelas ejemplares</i> (4 tomos).....	4.50
R. F. Guisti: <i>Enrique Federico Amiel</i>	3.00
C. Hispano: <i>En el Valle del Cauca</i> ...	3.00
Arturo Borja: <i>La flauta de ónix</i>	2.00
R. Rolland: <i>Nicolai y el pensamiento social contemporáneo</i>	1.25
Luis Carlos López: <i>Por el atajo</i>	5.00
J. S. Alvarez (Fray Mocho): <i>Salario criollo</i>	2.50
André Gide: <i>Los límites del arte</i>	2.00
Rodolfo Rocker: <i>Artistas y rebeldes</i> (Poe, Tolstoy, Wilde, Kropotkine, etc.).....	4.00

paña en torno de Dreyfus, y la mayoría de los intelectuales se caracterizaban por su horror al Ejército. En Italia se levantaban los railes de los caminos de hierro para evitar que pudiesen llegar a la Eritrea los refuerzos destinados a lavar el desastre de Adua, al mismo tiempo que los intelectuales italianos de entonces proclamaban la decadencia irremediable de los pueblos latinos. Y en Inglaterra seguía a la emoción imperialista de la guerra del Transvaal la reacción pacifista y liberal.

El mundo circundante, Francia, Italia, Inglaterra, se pasó los primeros años del siglo actual cantando el ideal del egoísmo. De haberse predicado durante tanto tiempo como el imperativo nuestro de: «No hay que ser Quijotes», habrían producido idénticos resultados en el resto de Europa lo mismo la prescripción de la concurrencia individual ilimitada que la receta de la lucha de clases, ya que ambas surgen al servicio del individualismo individualizado del egoísmo aislador de los hombres, a expensas de aquel otro lado del hombre, en que el amor le enlaza al infinito, haciendo crecer las ramas y raíces de su espíritu, para que arranquen al cielo y a la tierra su luz y su sustento.

Así vino la guerra. Hubo quien se figuró que la ola de egoísmo que estaba debilitando a las naciones de Occidente había ya agotado su vitalidad. Se juzgó que la presa estaba segura. ¿Cómo iban a saber defenderse unos pueblos que se dedicaban a leer los libros de aquel Sr. Norman Angell, que sostenía con toda seriedad la peregrina tesis de que la guerra no es negocio y de que los intereses europeos se encuentran tan entrelazados que es imposible para un pueblo arruinar a otro sin arruinarse a sí mismo? Vino la guerra. Por debajo de la espuma pacifista había corazones esforzados que se dedicaban a preparar el ánimo propio y el de sus compatriotas a resistir la crisis que iban a atravesar. ¿Y qué queda ahora de las ideas de antes de la guerra? Volved la vista a Italia: Mussolini, el fascismo, el nacionalismo, la unidad de Italia; mirad a Francia: Millerand, Poincaré, «L'Action Française»; ved a Inglaterra: Mr. Baldwin, «The Morning Post», los conservadores más conservadores en el Poder; nadie lee a Mr. Norman Angell, y el auge del partido laborista no indica sino que es excesivo el número de obreros sin trabajo, y que es ya hora de hacer en Inglaterra lo que se hizo en Irlanda cuando se distribuyó la propiedad de la tierra entre los pobres que quisieron trabajarla.

Y en España ocurrirá lo mismo. No tengo de ello duda alguna. Un día despertará la juventud intelectual. Se dará súbitamente cuenta de que la más